



JORNADA PRO ORANTIBUS

Vida Consagrada Contemplativa

30 de mayo de 2010

Objetivos del Día Pro Orantibus

1. Oración a favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que ellos representan, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.
2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia.
3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando en todo caso las debidas exigencias y las leyes de la clausura.

Reflexión

El cenáculo eucarístico de la vida contemplativa

Era el mismo Jesús. Eran también los mismos discípulos. Así durante aquellos tres años inolvidables de convivencia inmerecida. Ellos observaban al Maestro sin igual, y tan pronto le veían madrugar los días o traspasar las tardes para ponerse a la escucha de cuanto el Padre le decía, como tan pronto le veían acompañar las soledades de los desdichados, saciar el hambre de multitudes mendigas, enjugar lágrimas de gente sin esperanza o bendecir a niños que tenía por delante toda la vida.

Era el mismo Jesús, sí. Y eran también los mismos discípulos quienes estaban convocados para ver y escuchar a todo ese inmenso Jesús. No había discípulos especializados en el Jesús de las parábolas, u otros que se contentaban con el de los milagros, o con el Jesús de las plegarias... Todos los discípulos ante todo aquel Jesús.

Nos sucede a los cristianos lo mismo: si comulgamos al Señor, hacemos nuestro todo lo que es Dios Amor y lo que Dios ama. La comunidad cristiana lo vive recordándonos a través del año litúrgico los diferentes aspectos del Señor en su infinita inabarcabilidad. Pero hay fechas en las que los cristianos nos fijamos en un aspecto del Señor, en un aspecto tan especialmente importante que incluye de golpe todos los demás: su presencia bienamada, la santa Eucaristía en donde Cristo resucitado prometió acompañarnos todos los días hasta su regreso al final de los tiempos.

La presencia amable y querida de Jesús en la santa Eucaristía ha generado no pocos carismas en la vida de la Iglesia. No sólo el nombre de congregaciones nos recuerda este hecho, sino que todos los consagrados, sea cual sea su matiz carismático y su época de fundación, tienen una particular vinculación con el Señor en su blanca presencia eucarística.

Es en torno a la Eucaristía en donde la comunidad se reúne cada mañana para ofrecer un nuevo día y cantar las alabanzas primeras; es allí en donde celebra la fortaleza del Pan santo que nutre y sostiene; es también ahí en donde al caer de cada tarde se vuelve a convocar a los hermanos para dar gracias y para seguir pidiendo gracia.

Si esto se dice para todos los consagrados, sea cual sea su camino carismático, los llamados a la vida contemplativa hacen de esto una particular profesión de vida y de amor: *¡Venid adoradores!, la vida contemplativa un*



cenáculo eucarístico. Sí, así entendemos cómo el silencio del claustro y el retiro apartado, lejos de ser un mutismo o una huida, se convierten en la condición para poder vivir y poder luego testimoniar el amor de toda la Iglesia hacia Jesús en la Eucaristía, que los hermanos y hermanas contemplativos saben vivir calladamente en el escondimiento de su ofrenda al Buen Dios.

Venid, adoradores. Con nuestros contemplativos en sus cenáculos, vayamos también todos los demás que hemos sido llamados a otras encomiendas dentro de la Iglesia y de la sociedad, y postrados ante Jesús amemos su Presencia amando al mismo tiempo todo y a todos los que Él ama.

✠ Jesús Sanz Montes, OFM
Arzobispo de Oviedo
Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada



Subsidio litúrgico

☒ Monición de entrada

Hoy celebramos en toda la Iglesia la fiesta solemne de la Santísima Trinidad, confesión de nuestro Credo en que se fundamenta toda la vida cristiana. Dios se hace cercano al revelársenos en la presencia eucarística, misterio de fe y misterio de luz en la vida de la Iglesia.

En este marco litúrgico, hoy tenemos un recuerdo particular por quienes en la Iglesia han sido llamados a la vida consagrada contemplativa. Los monjes, las monjas y la vida eremítica ofrecen a la comunidad cristiana y al mundo de hoy, necesitado más que nunca de auténticos valores espirituales, un anuncio silencioso y un testimonio humilde del misterio trinitario. Ellos sirven al Reino por medio de la alabanza, la adoración, la súplica, la intercesión, el amor; acogiendo y ofreciendo todo al Padre, unidos a la infinita acción de gracias del Hijo y colaborando en la obra del Espíritu del Señor.

Con su existencia, configurada con Cristo, nos invitan a reconocer el valor de la oración y muy especialmente de la adoración eucarística, y nos invitan a dar gracias por el don inestimable de la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento..

☒ Preces

[A las preces completas de la solemnidad se propone añadir estas tres específicas.]

- Pedimos hoy muy especialmente por los hermanos y hermanas llamados por Dios a la vida contemplativa en su Iglesia, para que en su silencio y soledad cada día escuchen su Palabra y adoren su Presencia. *Oremos.*

- Por todos los jóvenes a quienes Dios llama a vivir en intimidad con Él, para que acojan con gozo el don de la llamada, y la sigan, haciendo de su vida una ofrenda eucarística que glorifique a Dios y bendiga a sus hermanos. *Oremos.*



- Por todos cuantos participamos en la belleza, verdad y bondad de esta solemnidad dedicada a la Santísima Trinidad, para que seamos fieles adoradores en espíritu y en verdad. *Oremos.*

☒ **Monición de envío**

Hemos celebrado los misterios de nuestra fe. Como pueblo de Dios convocado en tantos caminos vocacionales, nos unimos a todos los hermanos que viven en contemplación, desde el silencio y soledad de sus monasterios, damos gracias a Dios por el don de sus vocaciones, y avivamos en nosotros la necesidad de adorar a Dios con nuestras vidas, como ellos nos testimonian.

Que María, mujer eucarística, acompañe nuestro camino hacia la Trinidad.



Testimonio

Cenáculo eucarístico

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador» (Lc 1, 46s.). Con las palabras de nuestra Madre la Virgen y viviendo bajo su amparo no puedo más que decir que estoy profundamente agradecida al Señor, y reconocer con el profeta que «me has agarrado y me has podido» (Jer 20, 7), el Señor ha sido más fuerte que yo, me ha vencido. Me ha vencido y me vence, no me ha aplastado, ni me coloca una argolla en el cuello, no fuerza mi voluntad, es el Amante paciente que con inmensa ternura espera, me concede la gracia de decirle «sí». En su gran poder, el Señor es un Guerrero valeroso que lucha contra el enemigo y va derribando cada día mis idolatrías. Dios Todopoderoso en su infinito amor por todos nosotros, con el único deseo de que seamos felices, para que sea y viva tal y cómo él ha pensado en mí, que es sencillamente que yo sea feliz, que pueda ser sólo para Él, lucha cada día con mis enemigos: con mi soberbia, mis envidias, mi deseo de ser... «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies, debajo de tus pies» (Sal 110, 1). Sí, en este combate no me he cansado, ni se han desgastado mis sandalias, antes al contrario puedo decir con el salmista «has puesto en mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino» (Sal 4).

La historia de todos tiende a un único fin: ser en plenitud, para que así participemos ya aquí en esta tierra de la Vida Eterna. Para mí el Señor ha pensado en esta comunidad de Buenafuente del Sistol, una pequeña comunidad cisterciense que desde el año 1243 alaba ininterrumpidamente al Señor desde este bello rincón del Alto Tajo en la provincia de Guadalajara. No es el monasterio que yo hubiese escogido, ni la comunidad... Sin embargo todo lo ha dispuesto el Señor para que día a día vaya siendo un poco más para Él y un poco menos para mí, para que pueda salir de mí misma, dejar de vivir haciendo ladrillos para el faraón, que es mi «yo» que nunca se sacia, y empezar a ser libre para entregarme, todo esto en la precariedad de mi pobreza, pobre de solemnidad, todo lo recibo del Señor, solo he de pedírselo y salir a recoger «el maná» cada día.

Monja, que significa sola, *sola a Solo*, sola para el Señor en un monasterio, un cenáculo eucarístico donde la hermana es Cristo, la comunidad es Cristo resucitado y vivo para el mundo, Cristo encarnado en las pobres y pequeñas



mediaciones que somos cada una de las hermanas que conformamos la comunidad. Y en la comunidad igual que en el altar, el Señor obra el milagro de comunión, a pesar de mi lepra, la autosuficiencia y la razón, que me aíslan y excluyen de la vida comunitaria; por gracia del Espíritu Santo y por su infinita misericordia, a pesar de nuestras miserias y debilidades, estamos llamadas a ser la humanidad de Cristo resucitado hoy para tantos hermanos nuestros que no conocen el amor de Dios.

Ante tal abundancia y prodigalidad de amor del Señor por esta su pequeña, sólo le pido que no me suelte de su mano, aunque yo lo intente, y caminar siempre por el abismo de esta vida con paz y alegría porque voy agarrada de su mano.

Monasterio cisterciense de la Madre de Dios de Buenafuente del Sistol



Meditación

¡Venid adoradores! ¡Adoremos a Cristo Redentor!

Este año la Jornada Pro Orantibus tiene feliz coincidencia con el Congreso Eucarístico Nacional. De ahí la elección del lema, «¡Venid adoradores!», que es júbilo, llamada y convocatoria a detenernos en contemplación de quien es centro de la existencia del bautizado, y de manera peculiar de aquellas personas consagradas, varones y mujeres, que han recibido la especial vocación de la vida contemplativa.

En la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, Benedicto XVI expresa «admiración y apoyo a los Institutos de vida consagrada cuyos miembros dedican una parte importante de su tiempo a la adoración eucarística. De este modo ofrecen a todos el ejemplo de personas que se dejan plasmar por la presencia real del Señor» (*Sacramentum caritatis*, 67). Las comunidades monásticas son testimonios vivos y elocuentes del significado de una vida eucarística: la comunión íntima con Dios. La vida litúrgica, y en concreto la adoración eucarística, es respuesta amorosa a la sentencia de Cristo: *el Padre busca adoradores en espíritu y en verdad* (cf. *Jn 4, 23*).

¿Qué significa adorar? Hay una clave: «donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (*Mt 6, 21*). Se hace objeto de mi adoración lo que es centro de mi existencia, centro de mi corazón. En sentido figurado, adorar significa «amar con extremo». Adorar a alguien es estar dispuestos a dar la vida por él, amarle, entregarte, anonadarte. Esto, en sentido estricto, es debido sólo a Dios. La criatura adora a su Creador. El asombro nos sobrecoge cuando nos percatamos de que también se produce el sentido inverso: ¡somos criaturas adorables para nuestro Creador! Porque nadie como Cristo se ha entregado, se ha anonadado por nosotros, nos ha amado hasta dar la vida. Ante este desbordante misterio de amor ¡cómo no corresponder con mi propio acto de adoración, reconociendo mi condición filial, consolidando mi sentido de dependencia, de unión con Él!

Eres adorable significa estar dispuestos a lo que sea por ti. Aquí se plantea la gran pregunta: ¿Se puede amar al Padre diciéndole «te adoro, Dios mío» y no hacernos una sola cosa con Él? «En la Eucaristía el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros [...]. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola



cosa con Él y, en cierto modo, preguŕstamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial [...]. En efecto, “sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros” (Benedicto XVI, 22 diciembre 2005)» (*Sacramentum caritatis*, 66).

El culto eucarístico es también promesa mutua de amarnos entre nosotros a la manera de Cristo, con su radicalidad. La adoración al Santísimo hace de las comunidades cenáculos eucarísticos en los que se comparte el pan sagrado del amor de Dios. «Amar con extremo», darse, es clave para que las relaciones fraternas sean «relaciones eucarísticas» selladas por la oblación, la ofrenda de sí en total donación. Mis necesidades personales no pueden presidir ni ser el hilo conductor de la vida comunitaria. Por eso, algo imprescindible y urgente para revisar cómo aplico mi devoción eucarística a mi vida comunitaria, a mi forma de estar en la comunidad, es: ¿Estoy atenta a las necesidades de mis hermanas y hermanos? ¿Cuántas veces, durante el día, aflora en mí el sentimiento de «tengo derecho a...» o «necesito...» en detrimento de la comunidad? A veces no se requieren grandes cosas. Se trata, más bien, de prestar atención para convertirnos desde el corazón convirtiendo palabras, gestos y actos en el trato cotidiano.

El ejemplo de las comunidades contemplativas es un aliciente para promover una de las devociones más enriquecedoras: *la visita al Santísimo*. Con profunda sencillez, un clásico de la formación en la vida cristiana explica así el significado de la devoción de visitar al Santísimo: «Excelente práctica que no omitirán un solo día las personas deseosas de santificarse. Consiste en pasar un ratito a los pies del Maestro, presente en la eucaristía... para oír la voz del Señor en lo más íntimo del alma. El procedimiento mejor es dejar expansionarse libremente el corazón en ferviente coloquio con Jesús. No hace falta tener letras ni elocuencia alguna para ello, sino únicamente amar mucho al Señor y tener con él la confianza y sencillez infantil de un niño con su padre amantísimo» (Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, n. 233).

Elevamos nuestra acción de gracias a la Santísima Trinidad por los hermanos y hermanas contemplativos, quienes, en la espera vigilante de la venida del Señor, encierran sus vidas en la clausura como «respuesta al amor absoluto de Dios por su criatura y el cumplimiento de su eterno deseo de acogerla en el misterio de intimidad con el Verbo, que se ha hecho don sponsal en la



Eucaristía y permanece en el sagrario como centro de la plena comunión de amor con Él [...]. De esta forma, la separación del mundo da a toda la vida de clausura un valor eucarístico» (*Verbi sponsa*, 3).

Junto a ellos, gozosos, exclamamos:

¡VENID ADORADORES! ¡ADOREMOS A CRISTO REDENTOR!

Lourdes Grosso García, M. Id
Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal
para la Vida Consagrada



Textos del Magisterio

«Por tanto, juntamente con la asamblea sinodal, recomiendo ardientemente a los Pastores de la Iglesia y al Pueblo de Dios la práctica de la adoración eucarística, tanto personal como comunitaria. A este respecto, será de gran ayuda una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto que permite vivir más profundamente y con mayor fruto la celebración litúrgica. Además, cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua. Recomiendo también que en la formación catequética, sobre todo en el ciclo de preparación para la Primera Comunión, se inicie a los niños en el significado y belleza de estar con Jesús, fomentando el asombro por su presencia en la Eucaristía.

Además, quisiera expresar admiración y apoyo a los Institutos de vida consagrada cuyos miembros dedican una parte importante de su tiempo a la adoración eucarística. De este modo ofrecen a todos el ejemplo de personas que se dejan plasmar por la presencia real del Señor. Al mismo tiempo, deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las Cofradías, que tienen esta práctica como un compromiso especial, siendo así fermento de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y de las comunidades».

(BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, n. 67)

«Que María Santísima, Virgen inmaculada, arca de la nueva y eterna alianza, nos acompañe en este camino al encuentro del Señor que viene. En Ella encontramos la esencia de la Iglesia realizada del modo más perfecto. La Iglesia ve en María, “Mujer eucarística” –como la llamó el Siervo de Dios Juan Pablo II [*Ecclesia de Eucharistia*, 469]–, su icono más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. [...] Ella es la *Tota pulchra*, Toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel espejo en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, “inmaculados” ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio (cf. *Col 1, 21; Ef 1, 4*)».

(BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, n. 96)



«Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

[...]

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

[...]

“Feliz la que ha creído” (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en “tabernáculo” –el primer “tabernáculo” de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como “irradiando” su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?

[...]

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?».

JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 11, 25, 55 y 60.

